1. **Una sola cosa es necesaria**

Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón”.

38Yendo ellos de camino, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. 39Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. 40Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». 41Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; 42solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada». Lc 10, 38-42.

« Seguir a Cristo, amar a Cristo en todo : esto es lo que debe reconocerse como la característica principal de nuestro camino, de nuestra vida ».

Deseamos que la vida que proviene de Cristo penetre en nuestra vida, que se abra espacio en la vida, en el tiempo, en nuestros quehaceres, en nuestras preocupaciones, en nuestras alegrías y en nuestros dolores de la vida, en toda la vida, queremos pedir y acoger la vida de Cristo. Para ello hemos de vivir en un silencio que escuche y que mendigue. Un silencio, que nos permita descansar del desorden, de la búsqueda agitada de soluciones que nos resuelvan nuestras preocupaciones pastorales. Para ello, pidamos especialmente a la Virgen este silencio verdadero, este deseo verdadero, porque su corazón estaba libre de cualquier mancha de pecado, de cualquier sed de pecado original, es decir, de cualquier pretensión. El corazón de María vivía este deseo siempre, en todo. En ella era espontáneo pedirlo todo, incluso sin palabras. Para nosotros no es así, no es espontáneo. Necesitamos al menos un momento de conciencia para darnos cuenta de que no es así; un instante para reconocer que en nosotros el silencio que escucha y que mendiga no se da, que muchas veces está distraído, que muchas veces está demasiado saturado de otras cosas, demasiado aturdido por otros ruidos. Sin embargo, para que surja en nosotros este silencio que pide, que mendiga, basta por un momento ser conscientes de nuestra de humillación, como cuando Jesús reprochó a Marta el hecho de que en ella había demasiado ruido, demasiada ansiedad, demasiada pretensión, demasiado «saber ya lo que es necesario». Pues bien, ¡esta es la cuestión! Nos hace falta el silencio, la escucha (ojalá escuchéis hoy su voz), cuando en nosotros domina la pretensión de saber ya lo que es necesario, cuando domina la pretensión de vivir con lo que ya tenemos, con lo que nos basta, con lo que me basta a mí y a los demás, o quizá a mí sin los demás.

Nosotros no podemos hacer silencio olvidando nuestra vida, nuestras preocupaciones. Pero la vida, también estando alterada o desordenada, puede entrar en el silencio cuando escucha lo que es verdaderamente necesario, cuando se deja decir, como Marta aquel día, que «solo una cosa es necesaria», que solo hay una «mejor parte» que no se puede quitar: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria [solo hace falta una cosa]. María ha escogido la mejor parte, y no le será quitada». Entremos en este silencio por lo menos como intención, como deseo, como cuando Marta, después de la llamada de atención de Jesús, se quedó ahí, quizá sin decir nada más, impresionada y herida por esas palabras. De este modo volvió a la cocina, a la comida que estaba preparando, a los platos que estaba poniendo en la mesa, sirviendo a todos aquellos huéspedes que habían venido con Jesús a invadir su casa. Marta volvió a la cocina herida, eso es cierto, pero sintiendo inmediatamente sobre sí misma que aquella herida le hacía bien, abría una llaga, purificaba una infección que le envenenaba el corazón, la vida, las relaciones, incluyendo la relación con Dios, con Jesús, su gran amigo. En ella había algo que no iba bien, había un desorden. Busquemos, dejemos entrar en nosotros el silencio de Marta, ese silencio en el que resonaban como un grito las palabras de Jesús: solo una cosa es necesaria. Marta dejó que fuese la palabra de Jesús lo que trabajase en ella, dentro de ella, como un arado que vuelve fecunda la tierra, capaz de aprovechar la semilla y dar fruto. Nosotros necesitamos el silencio de Marta. Lo necesitamos para que nuestra vida y la vida de la parroquia, de la comunidad, la vida de la Iglesia se vuelva fecunda, fecunda por lo que dice Cristo, por lo que quiere Cristo, por lo que es Cristo, el Verbo de Dios. Necesitamos el silencio de Marta para acoger hasta el fondo la presencia de Cristo, que nos ha alcanzado ya hasta el punto de que está charlando sentado en nuestra casa, de que está esperando para cenar con nosotros, para compartir con nosotros la comida que estamos preparando y hasta el punto de que pasa la noche en nuestra casa, porque necesita descansar y es amigo nuestro. Nos quiere tanto, aprecia tanto nuestra compañía, que ha elegido nuestra casa, nuestra vida, nuestro corazón, para descansar mientras lleva a cabo su misión de salvar al mundo entero, ¡mientras viene del Padre y vuelve a Él haciéndose hombre para redimir a toda la humanidad! ¡Viene a descansar a mi casa! ¡Ojalá comprendamos la grandeza de la cuestión, lo increíble de todo esto?!

Os leo una estrofa de un himno de la memoria de santa Marta. De hecho, es una oración a la santa para que comparta con nosotros su amistad con Cristo: «Oh feliz anfitriona del Maestro, / haz que ardan nuestros corazones, / de modo que sean para Él constantemente / morada de grata amistad».

El Hijo de Dios, al encarnarse, vino a llamar a nuestros corazones para que fuesen para él moradas de amistad. Esto no solo sucedió en el corazón de María, su Madre, sino en todo corazón humano alcanzado por su presencia y su amor, también en el corazón de los pecadores, como el de Zaqueo, a quien Jesús llamó para que lo recibiera en su casa, de modo que, en realidad, Lo acogiera en su corazón, que con la venida de Cristo se llena de alegría, después del arrepentimiento, y al final, se llena de amor que se dona, que dona no solo los bienes a los pobres y a los que había perjudicado, sino que también se llena de amor agradecido por Aquel que había venido precisamente a él, a su casa, para «buscar y salvar lo que estaba perdido».

Necesitamos el silencio de Marta para vivir esta experiencia, o mejor, para vivir esta gracia, este acontecimiento de Dios, que viene a nuestra vida para hacer de ella morada de su amistad.

Pero ¿qué nos dice Cristo? Pensemos en las palabras que Marta meditó en su silencio, que la llenó de silencio y que, a su vez, llenó su silencio: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria [solo hace falta una cosa]. María ha escogido la parte mejor, y no le será quitada». Quizás al principio dio vueltas a estas palabras poniendo el acento en el reproche que percibió en ellas: «Marta, tranquilízate, te inquietas demasiado por muchas cosas, no molestes a tu hermana, déjate educar por la relación que tiene tu hermana conmigo, tú que siempre piensas en que eres la mejor y sobre todo tienes que ser la mejor, la más indispensable…». Tal vez al principio pensó así con resentimiento y tristeza. Pero esto no hizo más que confirmar el juicio de Jesús, es decir, hacía que su inquietud creciera. Fijarse solo en estas cosas hacía que se inquietara y se preocupara más. Lo mismo nos ocurre a nosotros cuando alguien nos corrige, cuando una mirada nos revela una posición inadecuada en nuestra vida, un juicio que nos corrige y que, al principio, normalmente, no nos cuadra, es normal que nos sintamos heridos, que nos duela. Pero sucede lo mismo cuando nos ponen una inyección o nos vacunamos. Nos sale una herida, nos duele la espalda, tenemos algún síntoma, pero la finalidad de la inyección no es esa, la aportación de la inyección no es el pinchazo sobre nuestra piel y el hematoma que provoca. ¿Qué inyectó Jesús en Marta al herirla de manera superficial, al herir su amor propio? ¿Qué bien pudo percibir Marta poco a poco después del pinchazo que la hirió? ¿Qué palabras pudieron hacerle bien, calmarla, consolarla y hacerle poco a poco más feliz, con una alegría nueva que no venía de ella, sino de las palabras de Jesús? Si, de lo que Jesús dijo a Marta, quitamos las palabras sobre ella o sobre su hermana, ¿qué es lo que queda? El quid de la cuestión: «Una sola cosa es necesaria», «solo hace falta una sola».

Esta es la palabra que a Jesús le apremiaba que penetrase en ella, para que la meditase y asimilase, para que pudiera hacerle bien, a ella y a su vida, para que la curase, la salvase y, en su dispersión, la unificara. El sentido de esta palabra es que solo Jesús responde al deseo fundamental del corazón y de la vida: el deseo de unidad, el deseo de encontrar un sentido que lo mantenga todo unido, que nos mantenga a todos unidos, que salve la comunión, una unidad que abrace todo y a todos, donde nos sintamos abrazados por todo y por todos, abrazados por el Todo, que es Dios, que es el Padre y que es Cristo; Cristo, que es la encarnación de la misericordia del Padre y, por tanto, la encarnación del abrazo del Padre bueno que recibe con alegría infinita al hijo pródigo que vuelve a Él.

« Una sola cosa es necesaria », «Solo hace falta una sola». Jesús ofrece a Marta esas palabras que recomponen su persona por entero en torno a lo único necesario, que es Jesús mismo, como un don ya presente y compartido, como don que Él hace a todos. Su hermana María ya lo está acogiendo, probablemente también su hermano Lázaro, y los discípulos que llegaron con Él a invadir su casa. Este don ya se compartía con todos aquellos que, desde la Virgen María hasta Marta, ya lo habían recibido y acogido. Ya existía todo un pueblo que compartía la única cosa necesaria que ahora Jesús ofrecía a Marta. ¿Y nosotros? ¿Y tú? ¿Y yo? Bastan dos o tres personas que descubran que comparten que Cristo es la única respuesta, total y universal, para la necesidad del corazón humano, para llenarnos de asombro porque esta conciencia suceda en nosotros, en cada uno de nosotros, ¡en mí!, que no lo merecemos más que los miles de millones de personas a las que no les sucede aún. ¡Qué asombro y qué responsabilidad! ¡Qué gratitud y qué contrición! Porque si tienes en tu casa -si está ahí comiendo y bebiendo contigo, sentado justo donde tú y tus hermanos os sentáis a comer y charlar todos los días- la única Realidad, la única Presencia que todo corazón humano necesita, que necesitan en este preciso momento ocho mil millones de corazones que laten en esta tierra… ¡¿cómo podemos no sentir el vértigo de la responsabilidad?! Porque de un modo u otro nos volvemos deudores de toda la humanidad por el hecho de que se nos ha donado gratuitamente lo que todos, ¡absolutamente todos!, esperan.

Pero en este momento no pensemos en esta responsabilidad. Pensemos más bien, en Cristo mismo, porque está aquí y, si no lo acojo, si yo no me abro, es inútil que me preocupe por la necesidad universal que espera su venida. El viejo Simeón reconoció enseguida que ese Niño era «la salvación para todos los pueblos…, la luz para alumbrar a las naciones», pero lo hizo al estrechar a ese Niño entre sus brazos. Por tanto, debemos entender, ayudarnos a entender, que esta palabra dirigida a Marta viene a salvarnos ahora a cada uno de nosotros, ahora, en la situación en que se encuentra hoy, ahora, la vida de cada uno de nosotros, la vida de nuestras parroquias, la vida de la Iglesia y del mundo. Pongámonos en el lugar de Marta ese día, esa noche. Pensemos en cómo se retiró, volviendo al fuego donde estaba preparando algo de comer. Pensemos en cómo sintió la necesidad de apartarse con esas palabras que la herían.

En realidad, Marta empezó a darse cuenta de que esas palabras de Jesús desvelaban lo que ella era. Esas palabras de Jesús –«Marta, Marta… solo una cosa es necesaria»– no eran una broma, ni un pequeño signo de impaciencia por todo su nerviosismo. Esas palabras desvelaban a Marta su corazón, lo dejaban al desnudo, con su necesidad más profunda, esencial y total, y le revelaban que ella engañaba y desatendía esa necesidad tan profunda, esencial y total; o, más bien, la saturaba de cosas, preocupaciones, actividades, juicios, miedos, enfados, prejuicios, antipatías… ¡como, tantas veces, hacemos nosotros!

Sin tomar conciencia de nosotros mismos como necesidad, no podemos acoger con verdad el don de Cristo, el encuentro en que Cristo nos revela que Él es para nosotros, como para Marta, el Único que nuestro corazón necesita, el Único al que realmente necesitamos, de quien somos necesidad.

Sin embargo, esta pregunta que se hace el corazón a sí mismo, esta conciencia del corazón como pregunta de Cristo, del corazón como herida que solo Cristo puede aliviar y curar, todo esto no aparecería en la cabeza de Marta así, de repente, sin que nada sucediera. En Marta, surgió esa conciencia porque aquella noche se encontró con Jesús.

Ese día, esa noche, para Marta sucedió el encuentro con Cristo, el encuentro como acontecimiento. El Evangelio describe en el diálogo entre Marta y Jesús ese salto de conciencia que define el verdadero encuentro con Jesucristo. El encuentro con Cristo que cambia toda la vida sucede cuando un hombre o una mujer están ante Él tal y como son, con toda la humanidad que los define, [para bien o para mal, y no importa si hay más bien que mal o viceversa, incluso da igual si solo hay mal], lo importante es que uno se encuentre tal y como es ante Él, en Su presencia. Uno puede ser purísimo como la Virgen María, un bribón como Zaqueo o el buen ladrón, una mujer de vida desordenada como la Samaritana, un bruto con corazón de oro como Pedro, o un fino intelectual religioso como Nicodemo o un fariseo fanático y violento como Pablo… ¡Es igual! El encuentro sucede cuando un hombre o una mujer, tal y como son, se encuentran ante Él y en ese momento Jesús logra que en el corazón de esa persona se introduzca, aunque solo sea con un susurro, acaso con una sola mirada, el gran anuncio que toda su vida esperaba: «¡**Solo yo te hago falta! ¡Solo me necesitas a mí! ¡Yo soy la plenitud que sacia la sed de tu corazón!».**

Y ahí, verdaderamente, «una sima grita a otra sima», como dice el salmo 41, la sima de la misericordia de Dios llama, dándole respuesta, a la sima de miseria que es el corazón del hombre.

Marta vivió ese día el encuentro con Cristo porque ese día su corazón quedó traspasado al mismo tiempo por la conciencia de su vacío, y por la sorpresa de que lo que llenaba ese vacío estaba ahí, era Jesús. Cada uno de nosotros, y todos juntos, podemos volver a empezar partiendo de ahí, acogiendo las palabras de Jesús a Marta, o la mirada de Jesús a Pedro. Es lo mismo, porque se trata, siempre y únicamente, del acontecimiento de un encuentro que viene a afirmarse, a reafirmarse siempre de nuevo como lo único que necesita el corazón, nuestro corazón y el corazón de cualquier hombre. Que revivamos en nuestra vida, en nuestro corazón, en la conciencia de nuestro yo, que revivamos el diálogo entre Marta y Jesús. Pongámonos delante de Jesús y quejémonos de todo lo que nos tengamos que quejar, ya sea de nosotros mismos, del que tenemos al lado, de nuestro trabajo, de nuestra salud, de nuestra parroquia, de nuestro párroco, de nuestro vicario parroquial o episcopal, de nuestro obispo, de la Iglesia, del mundo entero… Pero, después, dejémonos mirar por Cristo y volvamos a escuchar en silencio que nuestro corazón solo necesita una cosa: a Él presente. Dejémonos llamar por nuestro nombre, como Marta, como Abraham, como Moisés o Pablo de Tarso, con nuestro nombre repetido dos veces, para volver a darnos cuenta de la atención con la que Cristo nos mira y nos llama precisamente a nosotros, a mí en concreto. Démonos cuenta de lo que sucede en nosotros y en nuestra relación con todas esas cosas de las que nos quejamos, aun con razón. Es decir, descubramos, o mejor, redescubramos cómo cambia la vida, toda la vida, a la luz de Su mirada y de la gracia que supone tomar conciencia de que **nuestro corazón solo lo necesita a Él**.

1. **Gritemos y pidamos lo que necesitemos**

Mt 20, 29 – 34: Los dos ciegos

29Y al salir de Jericó le siguió una gran muchedumbre. 30Dos ciegos que estaban sentados al borde del camino oyeron que Jesús pasaba y se pusieron a gritar: «¡Ten compasión de nosotros, Señor, ¡Hijo de David!». 31La muchedumbre los increpó para que se callaran, pero ellos gritaban más fuerte: «¡Ten compasión de nosotros, Señor, ¡Hijo de David!». 32Entonces Jesús se detuvo, los llamó y les dijo: «¿Qué queréis que os haga?». 33Le respondieron: «Señor, que se abran nuestros ojos». 34Compadecido, Jesús les tocó los ojos, y al punto recobraron la vista y lo siguieron.

Los dos ciegos están sentados en el camino. Cuando pasaba el Señor, le gritaban para que tuviese compasión de ellos. A su vez, la muchedumbre que le acompañaba les increpó para que no gritasen. Con su continuo gritar vencían a la muchedumbre que les increpaba; la vencían de modo que su voz llegó a los oídos del Señor: ¡como si no hubiese visto él ya antes sus pensamientos! Gritaron, pues, los dos ciegos para que los oyese el Señor y la muchedumbre no pudo reprimirlos. **El Señor pasaba y ellos gritaban**. El Señor se detuvo y los sanó.

En efecto, se detuvo el Señor Jesús, los llamó y les dijo: «¿Qué queréis que os haga?» Y ellos respondieron: «Que se abran nuestros ojos». El Señor lo hizo en atención a su fe; restableció sus ojos. **Jesús pasa para que gritemos.**

Si no hubiese pasado, no habrían gritado. También el grito, también la petición es posible porque por lo menos como horizonte está el atractivo de la gracia, porque es verdad que el corazón es exigencia, el corazón es creado como exigencia, el corazón creado a imagen de Dios es exigencia de felicidad, pero (dice Agustín con una imagen definitiva) el hombre, después del pecado original, “está lejos, huye de su corazón”.

Y entonces el corazón, aunque herido por el pecado, queda en cuanto creado, como petición. Pero no pide. Nos resignamos o nos desesperamos. Si Jesús no hubiese pasado, los dos ciegos no habrían pedido. Pasa el Señor para que podamos pedir. Si Él no pasa, no podemos pedir. Si el Señor no pasa, el corazón queda cerrado. Si no pasa no pedimos. Es paradójico pero lo infinito pasa por estos detalles tan humanos de miradas y palabras y gestos. Es el método de la revelación, como decía la Dei Verbum en una frase famosa, pero que no parece del todo comprendida: «la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí» (Dei Verbum, n. 2).

¿Qué gestos, qué hechos veo yo en el día a día en mi vida? ¿Qué gestos, qué hechos, qué personas ha puesto al Señor a mi lado para que pueda verle? Soy yo quien decide los gestos o son los que el Señor me pone. Cuántas veces decimos que en esa reunión no puede darse nada, no puedo esperar nada. Cuántas veces pensamos que hay cosas que hacemos en la parroquia, en la universidad, que son inútiles. El despacho, atender a no sé qué persona. Hacer fotocopias. Ir a la reunión de arciprestazgo. Ir a las reuniones diocesanas. Ir a los retiros. Si solo hiciéramos lo que en un principio nos apetece qué nos quedaría. Pensemos. Qué haríamos. El más espiritual estaría todo el día rezando. El más activista, por decir así, estaría haciendo cosas: arreglando el jardín, haciendo deporte, viendo deporte, viendo series, películas. Tenemos la sensación de que todas estas cosas son como compartimentos estancos. Santa Teresa de Ávila, decía, que estaba siempre dividida: Cuando estoy en la oración pienso que debería estar en el mundo y cuando estoy en el mundo pienso que debería estar en la oración.

Jesús pasa hoy para que le gritemos, para que, mirando nuestro corazón, le pidamos lo que realmente necesitamos.

1. **¿Sabemos pedir lo que realmente necesitamos?**

Pero cuidado. El mismo San Pablo nos dice en Rom 8,26:

26Del mismo modo, el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables.

Es verdad. No sabemos pedir lo que nos conviene.

Leemos Lc 17, 11 – 19: Los diez leprosos

11Una vez, yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. 12Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos 13y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». 14Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. 15Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos 16y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. 17Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? 18¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». 19Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

¿Qué pedimos? ¿La curación o la salvación? Que me quite el Señor todo aquello que no me gusta de la vida parroquial. Que cambie al párroco. O al vicario parroquial (o al episcopal). Mirad y ved qué descubrís. Mirad a ver qué es lo que anhela vuestro corazón. ¿Y no es esto lo más lógico? Pedir que cambie todo aquello que no me gusta ¿Y no era lo más lógico para los leprosos pedir la curación? ¿Y, sin embargo, qué dice Jesús? ¿Dónde están los otros nueve? Se han perdido la salvación. Y la salvación está en esta relación con Jesús. En reconocer quién es Jesús, en postrarse a sus pies, en darle las gracias.

Esto es lo que nos salva: la relación con Jesús en todo lo que hacemos. Realmente, ¿nosotros de qué tenemos necesidad? ¿De que mis heridas sean curadas? No, de lo tengo necesidad es de ver la belleza de Cristo en acto, dentro de las circunstancias, aunque sean adversas. La salvación está delante de nuestros ojos. Igual que estaba delante de aquel samaritano. En Aquella presencia humana. También Jesús se nos pone delante de nosotros.

Busquemos, miremos, reconozcamos. Porque quien busca encuentra.

Lo mismo uno se encuentra con Luisa, mujer de ochenta años, madre de cinco hijos, cada cual con sus grandes problemas; la mayor con su matrimonio anulado, la siguiente con problemas con las drogas, la tercera con una camino brutal en la drogas que le lleva a una vida arrastrada, que se va de casa, que después de varios años de sufrimiento, aparece muerta en una habitación de un hotel en Barcelona, con dos hijas que se quedan al cuidado de Luisa y de su marido; con su cuarto hijo, César, que muere de infarto. (y las cenizas las tienes la nuera en el jardín de su casa) y, por último, su hoja pequeña, Damaris que anda por Australia. Si os encontráis con Luisa y veis cómo vive su vida desde la fe, entonces uno puede decir que Cristo vence, en cualquier circunstancia.

Busquemos, miremos, reconozcamos. Porque quien busca encuentra.

Lo mismo uno se encuentra con Pepe, de 55 años, consagrado, que se va de misión a EEUU y acaba director de colegio católico en Miami. Y que tras un leve accidente de coche cuando va al hospital le descubren un cáncer terminal. Si le ves hoy cómo está, cómo afronta su enfermedad, cómo testimonia que su relación con el Señor le sostiene firme, en la alegría y con la certeza de que su muerte será el abrazo definitivo con el Padre. I uno se encuentra con Pepe se da cuenta que el Señor sigue en medio de nosotros no sólo curando sino salvando. Y entonces crece en mí el deseo de ser salvado, es decir, de vivir mi circunstancia particular con la certeza de la victoria de Cristo.

Busquemos, miremos, reconozcamos. Porque quien busca encuentra.

Lo mismo uno se encuentra con Ana, madre de cinco hijos, maestra (trabaja hasta las 17.00h), catequista, en todos los grupos que se pueda uno imaginar en la parroquia, siempre agotada (se duerme en cualquier momento) y al que nunca has oído decir que no puede más, que no le da la vida; a la que le pidas lo que le pidas siempre dice que sí. Si te encuentras con Ana entonces descubres que el cansancio de la vida no es objeción para vivir la vida. Descubres que el Señor es el verdadero descanso.

Buscad, mirad, reconoced. ¿Cuántas Luisas, cuantos Pepes, cuántas Anas hay en vuestras parroquias? Porque el Señor, os lo aseguro, está en medio de vosotros diciéndoos que se puede vivir la vida.

Buscad, mirad, reconoced. De cuántos sacerdotes os ha rodeado el Señor para que veáis que no estáis solos en vuestra tarea. El párroco, el vicario parroquial, los compañeros del arciprestazgo, los compañeros de clase, los curas amigos. Todos ellos son el testimonio de la presencia de Cristo a la que ellos han dicho sí, igual que tú.

Es con Cristo como podemos vivir la vida; solo con Él nuestro corazón respira.

Dice San Pablo. Colosenses 3, 17:

7Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

1. **Nuestro mal no es la última palabra**

Es verdad. Cuántas veces no “vivimos” bien las cosas por decirlo así. Y de hecho queremos de verdad. Pero…, nos equivocamos, nos empecinamos, no nos da la gana. En definitiva, pecamos. Y ante esto, qué. ¿Es nuestro pecado la última palabra?

También Pedro le había dicho a Jesús que no le traicionaría, que daría la vida por él antes que traicionarle. Y sabemos todos qué pasó antes de que cantara tres veces el gallo.

Después de aquella traición, después de cruzarse sus miradas, después que Pedro rompiera a llorar por su traición. ¿Qué pensaría? Dios mío, que debilidad, que fragilidad, qué humillación. Yo Pedro, sobre el que se construiría la iglesia, yo le he negado públicamente. Apártate de mí que soy un pecador.

Juan 21, 1 – 19: Simón, ¿me amas?

1Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: 2Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. 3Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. 4Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. 5Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». 6Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. 7Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. 8Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. 9Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. 10Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». 11Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. 12Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. 13Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. 14Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. 15Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». 16Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». 17Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. 18En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». 19Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Imaginad, cómo iría Pedro cuando Jesús le llama aparte. La que me va a caer. Ya te lo había dicho. Ya te dije que antes de que cantara el gallo me abráis negado. Con la cabeza agachada por no volver a ver esa mirada. ¡Qué vergüenza!

Y, sin embargo, qué le dice Jesús. Nada de lo que pensaba Pedro. Simplemente le pregunta: Pedro ¿me amas? ¿Pero cómo, no hay ningún reproche? ¿Cómo es posible? No me regaña, no me echa en cara nada. ¿Cómo es posible? Pues claro, Señor, claro que te quiero y te lo repetiré no una vez sino tres y las que haga falta. Es verdad que tengo que pasar por la humillación de que mis actos no expresan el amor que te tengo, pero claro que te quiero, que quiero quererte. Y sí, levanto los ojos porque quiero volver a ver esos ojos tuyos, esos ojos que tienen una mirada que me abraza, que me perdona, que da la mano para que siga el camino de la vida contigo. Iré dónde tú me lleves, aunque sea un lugar dónde no querría ir.

Sí Señor, hoy que vuelvo a escuchar ese `sígueme` te digo que quiero seguirte. Igual que te dije sí cuando me encontraste por primera vez. Igual que te dije que sí el día de mi ordenación. Hoy te digo: te seguiré adonde quiera que vayas, sabiendo que no estoy sólo; que Tú me acompañas con la comunidad en la que me has puesto. Con las Luisas, los Pepes y las Anas que pones delante de mis ojos. Con los sacerdotes, débiles como yo, pero testigos también de que merece la pena dar la vida siguiéndote.

Que la virgen María nos ayude a decir en cada circunstancia de la vida `hágase en mí según Tu palabra`. Porque sí, yo quiero vivir mi vida según Tu palabra.